

se acercó á él y le preguntó, señalándole á Medicis:

—¿Conoces á este señor?

El enfermo miró al doctor sin hacer ninguna señal.

—¿Lo conoces?—repitió éste.

Entonces pareció comprender la pregunta.

—Es el general Medicis.

—¡Medicis!... ¡Medicis!...—murmuró confusamente el enfermo; lo miró, movió los labios como para sonreír ó decir una palabra, movió un poco la cabeza en señal afirmativa, despues le acometió un violento hipo, sus ojos volvieron á quedar inmóviles y sin expresion y no dió otra muestra de entendimiento.

El general miró ansiosamente al doctor.

—Todavía no—repuso éste.

Y pasaron adelante.

En una de las camas inmediatas, había un cabo, que murió al dia siguiente.

Conservaba el conocimiento; pero estaba profundamente abatido. Tenía la piel de la cara toda negruzca, esparcida de manchas lívidas y bañada por sudor viscoso.

Al ver al general, se puso á mirarlo, ora entornando, ora dilatando los ojos y exhalando afanoso lamento.

—¿Cómo te sientes?—le preguntó el general.

Movió lentamente la cabeza y levantó los ojos en actitud desconsolada.

—¡Valor, muchacho! Es preciso no perder el ánimo. Es fuerza pensar en curarse.

El enfermo, haciendo un gran esfuerzo, murmuró:

—A mí no me pesa... morir.

—¡Morir! ¿Qué dices? No debes desesperar, hijo mio; te curarás; el médico me ha dicho que curarás. ¿No es verdad, doctor, que curará?

El soldado dirigió una fugitiva mirada al médico é hizo un movimiento negativo; despues miró fijamente á Medicis, y dijo con voz débil:

—¡Gracias, general!

Este, movió la cabeza, estuvo pensando un momento y despues pasó á otra cama.

En ella había un soldado en vías de curacion, que no quería tomar cierta medicina.

—¿Por qué no la quieres tomar?—le preguntó el general.

—Hace daño—respondió tímidamente.

—No hace daño, hijo mio. ¿Quieres ver como la tomo yo?

Y tomando una botella que le dió el doctor, bebió un sorbo, y se la dió al soldado, que le estaba mirando con aire maravillado.

—¡Animo! Bebe.

El soldado bebió, hizo una fea mueca y se rió despues.

A otro que debía pasar al hospital de los convalecientes, le preguntó el general:

—¿Cómo te sientes ahora?

—¿Cómo me siento?—repuso el soldado.—¡Ah, mi general! Siento una gran hambre.

A medida que iba adelante por la sala, los enfermos que podían se incorporaban, ó se reclinaban un poco sobre el codo, tendiendo las orejas ó alargando el cuello para oír lo que decía y para mirarle la cara.

El último visitado estaba en un extremo. Tenía desfigurado el rostro hasta el punto de no reconocérsele, con aquella expresion de un grande espanto, propia de los coléricos y que vista una vez, se recuerda siempre. Deliraba, balbuceando palabras confusas; movía incesantemente los brazos como si buscase á alguien sobre la cubierta de la cama, ó levantaba las manos, como para coger alguna cosa que revolotease ante sus ojos. Era un jóven sargento, que durante aquellos tristes dias del cólera había dado bellísimas pruebas de valor, de constancia y de caridad.

—Le quedan muy pocas horas de vida—decía en voz baja el doctor.

El general le dirigió una larga mirada con cara dolorida y penosa.

De seguro pensaba que aquel bravo jóven moriría léjos de los suyos, sin consuelo y sin llanto; pensaba en su familia, en tantos otros muertos como él, en tantas otras familias como la suya, quedando privada de una cabeza tan querida...

De repente se rehizo, dió un suspiro y se alejó diciendo:

—Este entrega noblemente la vida.

Todos los demás le siguieron silenciosos.

\* \* \*

La última provincia en que se desarrolló ampliamente el cólera, hácia fines del 67, fué la de Reggio de Calabria. En Sicilia había cesado ya. En los primeros dias de Setiembre, habiendo producido un notable descenso de temperatura, las largas y frecuentes lluvias, el cólera había empezado á descender sensiblemente en las provincias de Palermo y de Messina, y rápidamente en las de Trapani, Girgenti, Siracusa, Catania y Caltanissetta. Recrudesció otra vez en estas dos últimas ciudades, hácia la mitad de Setiembre; pero por poquísimos dias. Despues de los cuales, la salud pública fué continuamente mejorando por todas partes en la isla; así es que en el mes de Octubre, el ejército no tenía que deplorar más que una veintena de muertos, y en Noviembre, siete; en Diciembre, ninguno, ó uno ó dos á lo sumo.

Desde el primer decrecimiento de la epidemia, las ciudades, los pueblos y el campo, cambiaron

de aspecto. Aquietado aquel primer terror que en el ánimo de mucha parte de campesinos, había destruido todo sentimiento de amor á la patria y de caridad, y los fugitivos, de los cuales el mayor número eran gente rica y holgada, comenzaron á volver á sus pueblos y á repartir entre la poblacion indigente aquellos socorros de dinero, de obras y de consejos que negaran al principio.

Y las poblaciones cobraron ánimo súbitamente y como despertándose de profundo y pesado letargo, volvieron poco á poco á las costumbres habituales de su vida, ya abandonadas del todo ó ejercitadas á intervalos con gran flaqueza y cierta especie de aturdimiento medroso, bajo aquella continua inminencia, ó ante aquel continuo espectáculo de la muerte.

Tornó la concurrencia á las calles y á las plazas, las tiendas y las oficinas se abrieron de nuevo, y comenzó á agitarse el comercio y se oyó de nuevo el alegre rumor del trabajo, donde ántes estaba la soledad y el silencio, ó sonaba el lamento de los moribundos ó de los mendigos. La administracion pública, sustituyó poco á poco á los empleados muertos, escapados ó expulsados; se recompuso, se reorganizó y sostenida por aquellos ciudadanos que la habían abandonado al principio, se empezó á dedicar á las necesidades del país una actividad regular, ilustrada y tranquila.

Los malhechores, que cobrando audacia de la confusion y del espanto general, y de la falta de la tropa, ocupada en gran parte en más graves deberes, no había encontrado diferencia alguna entre la ciudad y el campo, previendo que con la desaparicion del cólera las fuerzas militares habían de volverse todas y con más resuelto vigor contra ellos, se dispersaron espontáneamente y la condicion de la seguridad pública, sintió repentino mejoramiento. Y los soldados recibieron por fin un poco de respiro, y de noche pudieron gozar de un poco de sueño continuo y sin sobresaltos, y de dia comer con calma su negro pan, bañado por tan grandes y tan santos sudores.

Como el convaleciente, cuando vuelve de nuevo á las costumbres de la vida ordinaria, se deleita con cualquier cosa, se alegra al ver á todos y atiende con solicitud y alegría infantiles á aquellas mismas faenas que ántes tuviera en descuido, así los soldados, al salir de aquella vida de trabajos y de lucha, tomaron las ocupaciones del servicio ordinario, aún aquellas que parecian ántes más odiosas, como una agradable novedad, como una diversion. Sintieron de nuevo todos casi una frescura desconocida de afectos y de esperanzas, una viva alegría, una necesidad imperiosa de confiarse el corazon unos á otros, de comunicarse, de amarse. En los cuarteles resonaron

de nuevo los cantos, los gritos, aquel estrépito lleno de vida que hacía tanto tiempo cesara: todo cambió, revivió todo.

\* \* \*

Pero para formarse justa idea de cómo debía estar el ánimo de los soldados en aquellos días, era preciso entrar en los hospitales de los convalecientes, donde el reposo y el silencio dejaban libre curso á los pensamientos y á los recuerdos.

Entremos un instante y allí daremos el último saludo á nuestros buenos y valientes soldados.

Hacia fines de Setiembre de aquel año, un soldado del 9.º regimiento de infantería me escribió una carta desde Catania, rogándome dijera en un periódico militar lo que habian hecho por él y por sus compañeros los oficiales de su regimiento. Había estado enfermo del cólera y estaba casi bueno, y me escribía desde un convento, donde su coronel había implantado un hospital para convalecientes, y él se encontraba allí hacía más de un mes.

«Y nos encontramos aquí—dice la carta—después de tantos riesgos y tantas desgracias, todavía vivos por milagro.»

Seguía una extensa descripción del convento, colocado sobre una pequeña colina y todo rodeado de bellos jardines, donde los convalecientes podían pasear, con un patio espacioso y cubierto de grandes y frondosos árboles, á la sombra de los cuales solían pasar gran parte de la jornada hablando ó leyendo ó jugando además con piedras. Me decía después que cada uno de ellos tenía para sí una celdita en el piso bajo, con ventana sobre los jardines, y que en la suya la yedra se había enredado á la reja y, entre hierro y hierro, entraban dentro las ramas de un árbol.

«Tenemos nuestra buena cama—me escribía,—nuestra mesita, nuestras dos sillas, y hemos cobrado á estos cuartitos tanto afecto como si fueran nuestra propia casa: en el mío lo tengo todo en orden, todo limpio, con gran escrúpulo, lo mismo que una mujer que no tenga la cabeza más que para la familia y la casa.»

Después me hablaba de la comida, que era exquisita, y se extendía en elogios y en demostraciones de agradecimiento á los directores del hospital. «Es preciso decirlo: se come bien. Figuras: carne por la mañana y por la tarde, y un buen cocido y un buen vinillo. Estamos contentísimos. En caso de que queráis estampar alguna cosa de lo que he escrito, hacedme el favor, estampad también los nombres de aquellos á quienes debemos todos estos cuidados. Son: el te-

niente coronel Croce y el capitán Mirto, los dos directores del hospital, y también el doctor Longhi, que por los soldados ha hecho todo aquello que un hombre puede hacer, y nosotros le queremos con toda nuestra alma.»

Describía luego los grupos de convalecientes, sentados á la sombra de los árboles en el patio, pálidos, delgados, con los ojos hundidos, que hablaban de los casos ocurridos, de los peligros pasados, de los males padecidos, y se confortaban con el pensamiento de las familias lejanas, á cuyo seno volverían pronto ó tarde, «y con qué corazón—añadía,—imaginadlo, después de tanto tiempo, de tantas vicisitudes, de una enfermedad de esta naturaleza.»

En aquella carta, escrita tan sencillamente y con tanta ingenuidad, yo sentí en cierto modo traspasar aquella paz, aquella calma suave que debía reinar en aquel silencioso recinto; la primera vez que la leí, me pareció ver aquellos pobres rostros flacos y sentir aquellas voces calenturientas y reposadas.

A cierta hora iban al convento los oficiales á visitar á los soldados de sus compañías. Era una fiesta. Se veía á aquellos buenos jóvenes ponerse en pié apresuradamente, llevar la mano á la gorra, y contestando al interrogar apresurado de los oficiales, significar la gratitud interior con una sonrisa en la que el afecto y el respeto se

atemperan y se avaloran uno á otro en la más querida y más graciosa de las maneras.....La carta de mi soldado terminaba en este punto, y yo termino con él; termino con la imagen viva delante de los ojos de aquella sonrisa de gratitud que me entenece y me exalta.

\* \* \*

El cólera del 67 fué para el ejército, no ménos que para el pueblo, una gran desventura, pero no sin fruto.

El ejército adelantó en disciplina, y es fácil comprender cómo. Aun para aquellos soldados á quienes parecía la disciplina más dura, bien por su naturaleza indócil y obstinada, bien por estar en ayunas completamente de toda idea de patria y de nacionalidad é ineptos para darse cuenta, no ya de la necesidad del rigor militar, sino ni aún de la del ejército; aún para estos soldados, en medio de las desventuras del cólera, la disciplina se despojó de aquello que tenía ántes de odioso y de insoportable y revistió nuevo aspecto.

Naturalmente; porque aún las inteligencias ménos aguzadas, comprendiendo cuánto había de noble y de generoso con tanto hacer y padecer

por la salud pública, entendían que si en vez de ser soldados unidos y sujetos á una disciplina, hubieran sido campesinos ú obreros libres y divididos, habrían probablemente, todos ó casi todos, rehuido toda fatiga y todo peligro, y procurado cada uno por sí á su propia salvacion.

Sentían, sin embargo, que una parte del mérito de su nobilísima obra no era suya, y la referían tácitamente á aquella disciplina, de cuya falta estaban en el caso de ver y experimentar todos los días las deplorables consecuencias en las otras clases de la poblacion. A medida que se daban cuenta del fin de todas aquellas leyes y de todas aquellas prácticas que solían tener ántes como irracionales rigores ó inútiles agravios; á medida que veían en cierto modo salir de sus propias manos los efectos y no podían ménos de admirarles y de estar orgullosos, se iban formando justo concepto de la disciplina miltar y la reputaban como necesidad saludable.

Además, aquella familiaridad, aquella fraternidad que suele nacer y crecer tan rápidamente entre oficiales y soldados en las ocasiones de grande peligro y de grandes desventuras comunes, había hecho comprender á los más obtusos y á los de peor intencion que si en las ocasiones de la vida ordinaria había entre unos y otros una division rigurosa é inalterada, esto no proviene del espontáneo propósito de cada oficial, sino de

una convencion de una norma general, dictada por la necesidad de la disciplina, y por todos reconocida indispensable por intuicion ó por experiencia.

Esto comprendido, debía naturalmente desaparecer todo aquel hastío y aquel rencor, que suele surgir en el ánimo de los soldados díscolos, contra los oficiales austeros é inexorables; rencor que, por lo general, un falso amor propio produce y la desconfianza y el temor alimenta.

Ante aquel continuo espectáculo de la desventura, en medio de aquella unanimidad solemne de afectos y de voluntades, cada cual comprende claramente cuán mezquinos y poco generosos son aquellos odios y resentimientos personales, y se sienten desaparecer del corazon sin necesidad de combatirlos ni hacerse fuerza ni violencia.

Además, por largo espacio de tiempo, los oficios y las operaciones de la tropa habían sido de tal naturaleza, que las órdenes de los superiores venían á coincidir con los más sencillos preceptos de la religion, enseñados por las madres á los niños en la más tierna edad. Ciertos discursos, dirigidos por los oficiales á los soldados, se hubieran podido repetir, palabra por palabra, por un orador sagrado en el púlpito, y ciertas órdenes del dia de los coroneles eran simples retazos tomados del Evangelio.

No era, por lo tanto, posible que ni áun los

soldados más corrompidos y más incultos se rebelasen contra las órdenes de los superiores ó pusieran en duda la rectitud, ó discutiesen la oportunidad ó desconocieran el deber de la obediencia. Entonces, poco á poco, el sentimiento de la disciplina era, por decirlo así, sustituido por el de la religion, y esto, que se hubiera hecho á regañadientes por obligacion, se hacía de buena gana por impulso de la caridad.

Por otra parte, aquella solicitud afectuosa que en todas ocasiones los oficiales habían mostrado por sus soldados, visitándolos en los hospitales, socorriéndolos con su propio dinero, confortándoles, aconsejándolos, protegiéndolos, había hecho que en el corazon de éstos, los dos sentimientos de la gratitud y de la disciplina se compenetrasen de un modo que destruiría la idea de que pudiera en algun caso disminuirse ó contrariarse. Comprendida la disciplina por lo que es y por lo que debe ser, comprendido esto y los principios de que arranca, y en que se basa, y los fines á que tiende y los efectos que obtiene, cuando la inteligencia del más humilde soldado abraza todo entero este magnífico edificio del ejército, comprende la union admirable y la armonía de la fuerza por que es regido, siente que son los fundamentos y primeros afectos de la familia y las leyes primeras de la religion, y á medida que contempla su conjunto las ve iluminarse y levantarse en alto

hasta donde no llegan las declamaciones de los filósofos ni las rencillas del vulgo. Este efecto se hizo en el soldado, de este modo se reforzó la disciplina.

¿Y el pueblo?

La más espléndida prueba del efecto producido sobre el pueblo por la extraordinaria conducta del ejército la ha dado el pueblo siciliano hácia fines del 1867, y la ha repetido hace poco tiempo, la prueba más preciada que pudiese dar al ejército y á Italia, es el admirable resultado de la quinta. ¡Oh! ¡Aquel pueblo, lleno de fiereza, de ardimiento y de fuego, no puede menos de dar valientes soldados!

\*  
\*  
\*

¿Y qué premio tuvo el soldado?

Grande. Por la tarde, despues de la visita de retreta, el furriel les leía la orden del día del coronel, en la cual se le decía:

—¡Has cumplido tu deber!

